



CUADERNOS VALEOLÓGICOS

Serie: Cuerpo humano
Nº 3: Danza



CUADERNOS VALEOLÓGICOS

Serie: Cuerpo humano

Nº 3: Danza

Los Cuadernos valeológicos tienen como propósito ofrecer materiales de información acerca de los temas que se trata en las reuniones de la asociación, así como algunos productos del trabajo académico e investigativo que desarrollan sus integrantes.

- Thot. Relieve del palacio de Ramsés II, s. XIII a.n.e. En la mitología egipcia, el inventor de todo orden de saberes: la escritura, la medicina, la música, la astrología, la magia y la alquimia.

Ho
Se

Derecho
Editorial
Edición
Diseño

Primer
Puebla

Horizontes Valeológicos A. C.
Seminario sobre problemas
humanos

Cuadernos valeológicos
Serie: Cuerpo humano
No. 3. Danza

Derechos del dominio público
Editorial: Samizdat
Edición artesanal
Diseño: Edna Beatiz Beylán Vázquez
y Carla Ruby Beylán Vázquez
Primera edición: junio de 1999
Puebla, Pue., México

Consejo editorial

Ph. D. Fil. José Ramón Fabelo Corzo
Pas. Ph. D. Comp. Héctor Jiménez Salazar
M.C. Fil. Elías Pérez Ochoa
M. C. Norma Idalia Márquez Sánchez
Lic. Enf. Eugenia Barrientos González
M.C. Ped. Juana Rodríguez Velázquez
M. C. Electr. Jaime Cid Monjaraz
Ped. Erna Anna Niegemann Horn
Sra. Liliana González Fuerbringer
Ejec. Danza Xavier Ulises Ramírez Ramírez
Arq. Galia Arriaga García
M.C. hist. María Elena Estefanón López
Lic. Ens. Leng. Extr. José Arcadio Rojas
González
Lic. Eco. Lidia Ivón Borja Aldave
Lic. Der. Raymundo Alfaro Pérez
Prfra. Cecilia Huerta Hernández
Dra. Nuby Ligia Adriana Glockner Corte
Ing. Arq. María de la Cruz Campos Vázquez
M. C. Fisiol. Abel Martínez Reyes
Ph. D. Psic. Andreé Fleming-Holland
Ph. D. med. Mädy Fuerbringer Bermeo

INDICE

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ ANTROPOCENTRISMO HA DE SER ERRADICADO?

José Ramón Fabello Corzo 1

DANZA Y ÉTICA

Mädy Fuerbringer Bermeo 12

EL CUERPO HUMANO

Eugenia Barrientos González 23

DE LA ENAJENACIÓN A LA EMANCIPACIÓN

La relación con el propio cuerpo
Compilación 31

¿Qué tipo de antropocentrismo ha de ser erradicado?¹

José Ramón Fabelo

Una de las tesis más reiteradas en estas sesiones ha sido la de la necesidad de erradicar el antropocentrismo como condición para preservar la naturaleza. Nadie duda de la positiva intencionalidad de los expositores que la han sustentado. Ciertamente, parecería que es ésta la conclusión lógica del examen de un mundo en el que los hombres, preocupados sólo por sí mismos, no han tenido reparo en destruir la naturaleza.

Pero el asunto no parece ser tan sencillo. Supongamos que cualquiera de los aquí presentes se encuentra en una situación límite, a punto de morir de hambre. No dudo que adoptará una actitud antropocéntrica e intentará salvarse, aunque con ello pueda infligir algún pequeño daño a la naturaleza. Esa situación límite es en la que viven cotidianamente los 800 millones de hambrientos que habitan este mismo mundo que

¹ Intervención en la Conferencia Internacional sobre Medio Ambiente y Sociedad. Los Imperativos de la Atención Ecológica y la Comunidad. La Habana, Cuba, Febrero 10-14 de 1997.

todos queremos salvar. Podríamos imaginarnos las respuestas que obtendríamos de cualquiera de ellos si alguno de nosotros le planteara que el gran problema consiste en que hasta ahora ellos han sido el centro y que la solución radica en dejar de serlo. "¿Centro de qué?", "nunca se ha visto un centro tan mal tratado" - pudieran ser éstas algunas de las respuestas, al menos, las aquí reproducibles.

Esto nos debe mover a la reflexión: ¿qué hacer cuando el valor de la vida humana choca con el valor de la naturaleza? ¿A cuál de los dos darle prioridad? Comparto la opinión de que la naturaleza constituye un valor intrínseco y no un mero instrumento o recurso para el hombre, pero es un valor intrínseco que sólo cobra sentido en relación con el ser humano. No creo que exista preocupación más humana y antropocéntrica que aquella dirigida a preservar la naturaleza. A nadie interesa más la conservación del medio ambiente que al propio hombre. De poco serviría una naturaleza salvada con todos los hombres muertos. La conservación de los ecosistemas ha de ser, ante todo, una preocupación y una ocupación del hombre para el hombre.

El asunto no radica, entonces, en descentralizar al hombre, sino en desplazar del centro a un tipo histórico de hombre, no en erradicar el antropocentrismo en general, sino en superar una forma histórica de antropocentrismo.

¿Qué
centro
que
los
para
antropo
pade
a ese
del c
perm
gana
oblig
egoí
ellos
No h
lógic
plan
valo
satis
sido
cent
inter
que
cier
en e
el f
eco
sinc
Por
tal
insa

¿Qué tipo de hombre ha sido hasta ahora el centro? El engendrado por sociedades elitistas que han asumido no sólo a la naturaleza, sino a los otros hombres, como meros instrumentos para sus ambiciones egoístas. Mas que de antropocentrismo, la sociedad humana ha padecido hasta hoy de un egocentrismo feroz. Y a ese resultado no es en absoluto ajena la lógica del capital que estimula a unos, a los ricos, a una permanente búsqueda de maximización de la ganancia, aun a costa de todo y de todos, y que obliga a otros, a los pobres, a ser también egoístas, porque a veces el egoísmo es para ellos la única posibilidad de sobrevivencia.

No ha sido en realidad el hombre el centro de la lógica mercantil capitalista que ha imperado en el planeta durante los últimos siglos. Más que el valor de uso (directamente vinculado a la satisfacción de las necesidades humanas), ha sido el valor de cambio el que se ha erigido en centro rector de los procesos productivos y de intercambio con la naturaleza. Esto no significa que lo producido no haya tenido que cumplir ciertos requisistos de utilidad para ser realizado en el mercado. Pero esa utilidad social no ha sido el fin, no es lo que ha motivado el accionar económico. Este ha estado destinado no al uso, sino al intercambio y búsqueda de ganancias.

Por esa razón, el hombre real y concreto, cubierto tal vez de apremiantes necesidades insatisfechas, no interesa en lo absoluto a una

moral inspirada en el puro mercado. Las necesidades humanas no cuentan, o sólo lo hacen, al margen de su racionalidad o urgencia, en tanto que condicionan un valor de cambio. Por muy vitales que sean y por muy bajos niveles de satisfacción que tengan, si no están depositadas en sujetos con posibilidades para satisfacerlas, ellas no importan. En la lógica del mercado sólo caben aquellos con poder adquisitivo, sólo toman espacio las necesidades (y más que las necesidades, las preferencias y caprichos consumistas) de los que tienen con qué pagar. El sujeto sin dinero, aunque puede ser mayoritario, no ocupa lugar alguno, simplemente no existe, a no ser como potencial oferta de fuerza de trabajo. Es, por lo tanto, no un hombre con necesidades, sino sólo, en el mejor de los casos, el portador también de una mercancía.

No es casual que ya en el año 1977, el entonces y ya fallecido presidente del Club de Roma, A. Peccei, llegara a la conclusión de que para resolver los problemas globales, habría que cambiar primero al hombre. Eso significa que, lejos de ser desplazado, el hombre tiene que convertirse en centro de los esfuerzos ambientalistas. Y como que el cambio del hombre no es posible sin la mutación de las condiciones sociales que lo engendran, éstas últimas han de ocupar también el centro de la atención.

Por supuesto que la prioridad que el hombre ha de mantener en cualquier proyecto de sociedad

suste
limita
habita
crecien
actua
nueve
socia
una i
del o
calida
Como
estab
contro
decur
demo
econ
condi
ubica
produ
caso
sede
provo
huma
axioló
Para
mayo
irracio
la ec
estéti
antihu
subde
funda

sustentable no significa desconocer el carácter limitado de las disponibilidades naturales de su habitat y la necesaria desaceleración global del crecimiento económico y tecnológico. Los actuales problemas globales, además de agregar nuevos límites naturales y humanos, ecológicos y sociales al capital, ponen también en cuestión una idea básica de toda la tradición moderna: la del desarrollo de las fuerzas productivas en calidad de sustrato último del progreso humano. Como nunca antes se hace necesario hoy el establecimiento de mecanismos sociales de control al desarrollo de las fuerzas productivas. El decurso histórico de nuestros días está demostrando que el progreso tecnológico y económico puro, abstraído del resto de las condiciones sociales -o lo que es lo mismo, ubicado en los marcos de unas relaciones de producción que ya no lo soportan, como es el caso de los países capitalistas desarrollados, sede fundamental de este progreso- está provocando más males que bienes para la humanidad y está justificando la censura axiológica de la que muchas veces es objeto. Para en Norte este progreso trae consigo mayores cuotas de enajenación, un consumismo irracional, un daño irraparable a la naturaleza y a la ecología, la supresión de valores morales y estéticos, una actitud egoísta hacia todo, un antihumanismo consustancial. Para el Sur subdesarrollado significa -debido al hecho fundamental de que ese progreso se da no en sí

mismo, sino en los países industrializados y es utilizado por éstos como instrumento de explotación- más subdesarrollo, más explotación, mayor distanciamiento en relación con el mundo desarrollado, menos soberanía, menos identidad, más muerte, mayor marginación del crecimiento global. Todo esto permite afirmar que, hoy por hoy, el progreso técnico y económico no es necesariamente igual -y puede ni siquiera ser síntoma consustancial- del progreso social.

Un proyecto de sociedad sustentable no debe, por supuesto, renunciar a las conquistas ya alcanzadas en la esfera de la producción. Tampoco debe detener el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, pero sí colocarlo sobre nuevas bases, lo cual implica, entre otras cosas, que el ímpetu de su crecimiento no sea ya lo más importante y determinante en el progreso humano global y que, presumiblemente, ese ritmo tenga necesariamente que disminuir en aras de la preservación del medio ambiente, la economización de los recursos no renovables y una distribución más justa de la riqueza creada en el proceso productivo. En un sentido económico, el indicador fundamental del progreso humano-global ha de estar asociado al carácter de las relaciones de producción. El crecimiento de las fuerzas productivas, sin detenerse, estará limitado ecológica y humanamente y deberá concentrarse, desde un punto de vista

geocultural, en las regiones que históricamente han constituido las periferias del capitalismo.

La existencia de estos nuevos límites al crecimiento evidencia la obsolescencia del principio de máxima ganancia como fundamental fuerza motriz de la economía. Se hace necesario superar la prioridad abstracta, caótica e irracional que la lógica del puro mercado otorga a todo avance técnico y económico que genere ganancias. La humanidad necesita una nueva cultura ecológica y socialmente responsable que el mercado, por sí mismo, no puede garantizar. El crecimiento técnico y económico debe ser regulado y subordinado a otros valores: la justicia social, la preservación del medio ambiente, la priorización de zonas menos desarrolladas, un humanismo más elevado.

Para esto no es necesario desplazar al hombre del centro de la atención. Se trata en esencia de la construcción de un mundo más justo para el propio ser humano, con un concepto de justicia que trascienda espacial y temporalmente su contexto socio-histórico inmediato. El necesario enfrentamiento de los problemas globales y el ineludible asunto de la salvaguardia de un planeta habitable para el futuro comprometen a cualquier modelo de sociedad sustentable con una justicia que vaya más allá de las fronteras nacionales y epocales. En la medida de sus propias fuerzas esa sociedad debe ser también justa hacia fuera y hacia delante. Nada realmente

humano puede serle ajeno. El equilibrio ecológico, el cuidado del medio ambiente, la búsqueda de alternativas al agotamiento de los recursos no renovables, la consecución de ritmos racionales para el crecimiento demográfico, la preservación de la paz y la construcción de un nuevo orden internacional que realmente favorezca la paulatina equiparación de los niveles de desarrollo de todos los pueblos, han de constituir contenido insoslayable de una justicia anclada en "el aquí" y "el ahora", pero al mismo tiempo proyectada hacia la arena internacional y extendida a las futuras generaciones que no están aquí para por sí mismas exigirla.

El nuevo hombre demandado por este tipo de antropocentrismo no ha de ser el individuo egoísta y consumista que tanto daño hace a la naturaleza y a la humanidad. En el centro de esta concepción distinta ha de estar otro concepto de hombre: un hombre igual a otros hombres y no superior o inferior por razones de raza, sexo, nacionalidad, religión, ideas políticas o nivel económico, o porque habite el Primer Mundo o el Tercero, o porque viva ahora o nazca dentro de dos siglos. Se trata de elevar el concepto de hombre a un rango realmente genérico y, a la vez, concreto; de superar la abstracción de hombre que hasta ahora ha sido centro de la mayoría de las concepciones y de las prácticas sociales que recoge la historia. Si de algo ha

carecido ésta es precisamente de la centralidad de ese hombre real.

Todo lo que hoy se haga por la naturaleza se hará también por ese hombre, aunque ello contravenga los intereses económicos y políticos de ciertas élites. Lo que sí no puede suceder es que nuestra preocupación por la naturaleza saque del centro de nuestra atención y de nuestra práctica los esenciales problemas humanos que quedan por resolver.

Pero además, todo lo que hagamos hoy por ese hombre real y concreto, lo haremos a su vez por la naturaleza, en primer lugar, porque él es también un ser natural y, en segundo lugar, porque un adecuado nivel de satisfacción de sus necesidades (y no de los caprichos consumistas de algunos) constituye una premisa indispensable para detener el deterioro del medio ambiente.

Ese hombre podrá dejar de ser centro sólo cuando sus problemas esenciales estén resueltos y, precisamente por ello y para que así siga siendo, centrará todos sus esfuerzos adicionales en la preservación de su habitat natural.

Coloquemos al verdadero hombre en el centro y haremos con ello nuestra mejor contribución a la salvación de la naturaleza.